

Sagrada Familia. Año B

Lectio divina sobre Lc 2,22-40

Siguiendo cuanto prescribía la ley, los padres de Jesús lo llevan al templo; con el rito de la consagración a Dios del primogénito debían reconocer el origen divino del nacido; el niño debía ser rescatado porque tenían que considerarlo un don precioso, un regalo que, no obstante, tenía un precio. Con todo, a pesar de haber satisfecho la norma legal, no pudieron quedarse con el hijo. Simeón, un anciano que había envejecido sin que envejeciera su esperanza de ver al mesías, les anunció, para su sorpresa, el destino glorioso del niño y la suerte que deberían correr sus padres. La familia de Dios no gozó de una vida mejor ni de mayores luces: tener a Dios como familiar no hizo más que complicar su existencia. Jesús quiso someterse a la autoridad de unos padres que no eran totalmente suyos: así maduró como hombre, crecido en estatura y sabiduría, y como Dios, lleno de su gracia. No se sabe si admirar más la tendencia de Dios a complicar la vida de los suyos o su aparente necesidad de contar con una familia real para presentarse ante su gente como uno de ellos; en cualquier caso, los más familiares de Dios son también quienes más pagan por su cercanía.

22 Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor, **23** de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», **24** y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones».

25 Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. **26** Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. **27** Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo. Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres, para cumplir con él lo previsto por la ley, **28** Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

— **29** Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz;

30 porque mis ojos han visto a tu Salvador, **31** a quien has presentado ante todos los pueblos:

32 luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel.

33 José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño.

34 Simeón los bendijo diciendo a María, su madre:

— **Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones.** **35** Y a ti una espada te traspasará el alma.

36 Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, **38** y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel.

39 Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. **40** El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

De la infancia de Jesús, propiamente dicha, Lucas elige sólo tres acontecimientos significativos: su circuncisión (Lc 2,21), su presentación en el templo (Lc 2,22-40) y su pérdida y hallazgo (Lc 2,41-50), cuya crónica remata con un sumario que vuelve a insistir en la actitud contemplativa de María, al acompañar el crecimiento de Jesús (Lc 2,51-52).

La narración, sin paralelo en el relato de la infancia del Bautista (Lc 1,67-79), sirve de puente entre el nacimiento y el ministerio público de Jesús. Es la primera vez que Jesús entra en el Templo; aunque la motivación concreta sea poco verosímil, la imagen de Jesús que resulta es la de quien, nacido de mujer, vive sometido a la ley (Gal 4,4).

El relato lucano subraya, sobre todo, la vida de obediencia a Dios y el estricto cumplimiento de su ley de los padres de Jesús. En el día preciso, el octavo, Jesús es circuncidado y recibe el nombre de Jesús (Lc 2,21), tal y como le había sido mandado a María (Lc 1,31): sin darle más importancia, pero relatando el cumplimiento de lo anunciado, Lucas muestra cómo Dios va haciendo realidad su proyecto, siempre que encuentra hombres obedientes.

La purificación de la madre y el rescate del primogénito (Lc 2,22-40) estaban previstas por la ley mosaica (Ex 13,1.11-16). La familia de Jesús sigue sujeta, en su vida ordinaria, al imperio de la ley; todo sucede según estaba establecido por Dios; María y Jesús cumplen con toda justicia (Lc 2,22-24).

El episodio tiene tres escenas, encuadradas por una introducción (Lc 2,21; cf 1,59) y una conclusión narrativa (Lc 2,39-40; cf 1,80); ambos extremos se refieren a la vida del niño, y la presentan como del todo normal. Lo que se narra entre ellos descubre el plan de Dios, que sólo captan ojos de quien esperan ver la salvación de Dios y corazón de quien tiene su Espíritu. La primera escena (Lc 2,22-24) sitúa la acción en el Templo y justifica la presencia de la familia de Jesús en él,

preparando el encuentro con los dos ancianos. La segunda (Lc 2,25-35) presenta a Simeón y su oración profética, en realidad un himno a Dios (Lc 2,29-32) y una profecía para María (Lc 2,34-35). En la tercera (Lc 2,36-38), Ana aparece como testigo mudo; su presencia en ese momento, y lo que con ella se cumple, es lo que importa.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Entre la sorpresa y la incredulidad, el día de navidad celebrábamos la voluntad de Dios de hacerse hombre. Sin que, posiblemente, hayamos podido aún asimilar ese misterio, volvemos hoy a recordar una de sus consecuencias más clamorosas y consoladoras: Dios necesitó de un hogar y de unos hombres para hacerse uno de los nuestros. Una familia, allí donde todos nos hacemos hombres, fue también para nuestro Dios escuela de humanidad; el hijo de Dios contó con unos padres junto a los que aprender a ser hombre, y con un hogar donde educarse en la familiaridad. Pero nos engañaríamos si, por contemplar el empeño de nuestro Dios de hacerse hombre en medio de una familia, no tomáramos en cuenta las consecuencias que se siguieron para sus familiares. No se sabe si admirar más la aparente necesidad de Dios de contar con una familia real para presentarse ante su gente como uno de ellos o su tendencia a complicar terriblemente la vida de los suyos; lo cierto es que los más familiares de Dios son siempre también quienes más pagan por esa cercanía. Es lo que el evangelio nos recuerda hoy, centrando nuestra atención en María, la madre de Jesús. Ser madre de Dios no fue para María un privilegio, aunque hubiera sido una gracia extraordinaria: la madre de Jesús tuvo que cumplir con la ley, que exigía la purificación de madre y la presentación del primogénito a Dios, a los ocho días del nacimiento. Quien había sido madre por encargo de Dios, no esgrimió su maternidad como excusa. El servicio a Dios, en exclusiva no libera del cumplimiento de la ley común. Los padres de Jesús se tuvieron que someter a la legislación que regulaba toda paternidad en Israel: tras todo nacido está el Dios de la vida; María y José aceptaron que Dios interviniera de forma más personal en el nacimiento de Jesús, su hijo. Y llevándolo al templo, lo reconocían. Creían que, ofreciendo el sacrificio requerido, lo iban a rescatar para sí: no sabían que, una vez que hubieron permitido a Dios que entrase en sus vidas, no lograrían ya deshacerse nunca más de Él.

En el templo de Jerusalén María presentó a Dios el hijo de su obediencia, la prueba de su servicio cumplido: a nada más se había comprometido María en Nazaret; bien podía - y pudo así pensarlo - retirarse a su vida privada y a sus proyectos personales. Lo que recibió, a cambio, no fue un premio por buena conducta o un despido definitivo sino el anuncio de nuevos servicios; y más dolorosos, por cierto. Y esta vez, no le pidieron su consentimiento: Dios ya contaba con él; tan sólo tuvo la delicadeza de prevenirla, anunciándole su futuro.

La familiaridad con Dios no libera de la obligación de cumplir con su voluntad: la madre, que lo fue por declararse sierva, se mantendrá madre continuando su servidumbre; como ella, quien haya sido invitado a prestar un servicio a Dios, no logrará desembarazarse de Él, a pesar de que pueda aducir su servicio prestado. Una forma segura de buscar la voluntad de Dios, que no siempre se logra oír con la claridad deseable, está en cumplir los deseos conocidos de Dios: su ley escrita es la norma de vida de quien le es próximo; quien se ha familiarizado con su viva voz no pondrá objeciones a reconocer su palabra escrita. Aunque Dios no hable más o mientras calle, el siervo cuenta siempre con una posibilidad de mantener el diálogo y la obediencia: si se ocupa en cumplir lo que ya sabe, la ley conocida, estará oyendo la voz que echaba de menos. La obediencia a lo más obvio, a lo más fácil, prepara para la escucha de lo más exigente y menos evidente.

Yendo al Templo, los padres de Jesús creerían haber cumplido su misión específica, la que Dios les había encomendado: dar vida y una familia a su Hijo. Presentándolo a Dios, le reconocían a Él como auténtico padre y podían ilusionarse con liberarse de Dios. No debieron salir de su asombro cuando oyeron, ¡y de boca de extraños!, anunciado un porvenir no muy halagüeño; la misión de su hijo va a tener consecuencias no previstas: el destino del hijo de Dios entebrecerá sus vidas. Y es que quien se deja deslumbrar por Dios una vez, no va poder ver nunca más con sus propios ojos; a pesar del anuncio, seguirán sin entender del todo a su hijo y a su Dios; pero habrán comprendido que su futuro ha quedado comprometido de por vida.

Una espada es la 'recompensa' que recibe la madre sierva; la familiaridad con Dios exige la propia vida como precio. El Dios de María no se deja acercar sin ser temido: su proximidad quema y su cercanía aproxima la muerte. Ello tiene también su ventaja: quien lo sabe podrá considerar, incluso, su propia muerte como el paso definitivo hacia Dios. Pero hay que contar también con el inconveniente de que seguirá esperando mayores, mejores, servicios de quien ya le prestó el único que se le pidió. ¿No será el miedo a encontrarse con este Dios, lo que nos está haciendo tal fácil el perderlo? Preocupados como estamos porque no nos hiera, ni disturbe siquiera, su presencia, no le damos oportunidad para que siga contando con nosotros en sus nuevos proyectos, para que nos cuente entre los suyos de nuevo. Aceptar la cruz como destino de la vida nos autentificará como familia de Jesús: ése fue el 'anuncio' que se le hizo a la madre. Y sigue siendo palabra de Dios, su compromiso, para todo aquel que anhele pertenecer a su familia.

Un dato hay que subrayar en este episodio: fueron unos ancianos quienes conocían y profetizaron el destino de Jesús y preanunciaron el destino a María. Los extraños saben más que el familiar. Porque esperaban desde antiguo: la espera del Mesías, perseverante y excluyente de otras ilusiones, era su ocupación inveterada y la salvación del pueblo su única preocupación. Reconocieron en el niño al salvador esperado, porque habían envejecido sin desesperar de ver al Señor y su día. Saber esperar es permanecer fiel y conservar ojos y el corazón despiertos, tanto como para descubrir el perfil y el

rostro del Dios esperado. Es consolador para quien todavía no lo ha encontrado y no desespera, saber que si envejece esperando lo descubrirá un día y podrá entonces marchar en paz. Si la nostalgia del Dios ausente nos llenara de esperanza; si echándole de menos, le esperásemos más; nuestra vida alimentaría nuestra espera: el día de mañana, la persona nueva que encontramos, el suceso imprevisto que acontece, podría convertírsenos en el día soñado, el Señor reconocido, el reencuentro que esperábamos.

Tenemos, eso sí, una pista para no malograr nuestro esfuerzo: donde esté María, allí estará nuestra esperanza cumplida; identificar al Dios esperado no resulta imposible a quien conoce a María. Si estamos allí donde ella va, cumpliendo la voluntad de Dios, nos toparemos con Jesús y este encuentro será el premio de nuestra espera: la consolación de tener ante sí a Dios, la obtiene que consigue encontrarse con María en el cumplimiento de la voluntad de Dios. más queremos: la familia que Dios nos ha dado. Es así como se celebra en creyente la navidad.